

santa isabel
octubre 1966

la guinea española



Año LXIII

n.º 1607

FONDO CLARIN AO-Ramolando.net

ALMACENES DUMBO

de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os}. 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Lineas

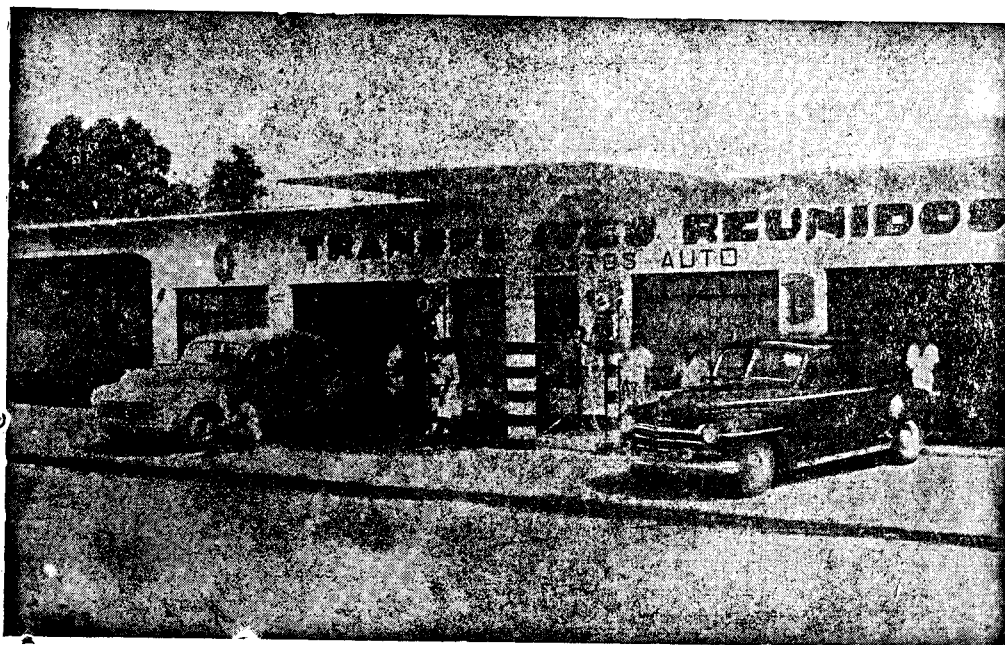
SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras
RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



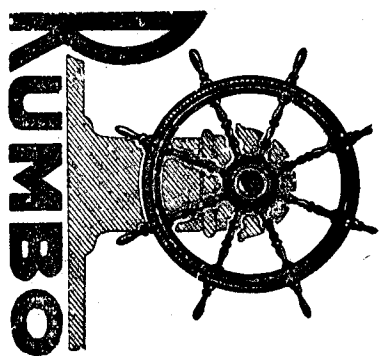
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

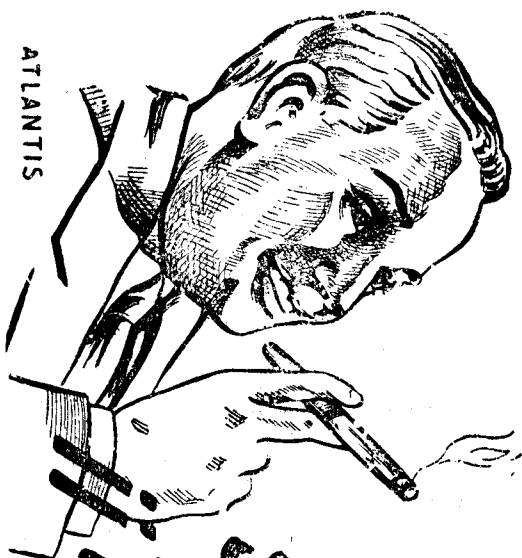
visitenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabacos



Son..

!! Magnificos !!



ATLANTIS

la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1607

Santa Isabel, Octubre
de 1966

Depósito Legal—F. P.. 10—1959.

Sumario

Pág.

Prehistoria de Río Muni, <i>por Ramón Perramón C. M. F.</i>	224
Guinea Ecuatorial, <i>por Iñigo de Aranzadi</i>	231
Leyendas, fábulas y cuentos bubis, <i>por Tomás Martínez, C. M. F.</i>	240
Fernando Poo. Interés zoológico de la zona, <i>por J. Menéndez</i>	243
Hace cincuenta años, <i>por T. Crespo C. M. F.</i>	245
De cómo una ave de Africa fué descubierta en Europa <i>por A. Basilio C. M. F.</i>	250

PORTADA

Encuentro en Guinea a los 50 años.
El P. Alcorta ante su maestro el
P. Ambrosio Ruiz.

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75	pesetas
De bienhechores	100	pesetas
Número suelto	10	pesetas

Prehistoria de Río Muni

Por Ramón Perramón c. m. f.

(Continuación)

Arqueología y prehistoria

En el campo de la Prehistoria y Arqueología es poco lo que se sabe de esta región. Hojeando crónicas antiguas se encuentran alguna que otra noticias referente a pequeños e insignificantes hallazgos encontrados por los Misioneros, los cuales no siempre fueron valorados debidamente por el hecho de que entonces los estudios arqueológicos estaban muy atrasados.

Nosotros pensamos que el primero en descubrir y valorar los yacimientos de Río Muni fué el arqueólogo español Dr. D. Julio Martínez Santaolalla el cual vino a Guinea comisionado por el Gobierno Español en el verano de 1.946 para iniciar estos estudios. Fruto de la expedición fué un trabajo monográfico (5) que si bien es muy poco lo que dice o trata de Río Muni es lo suficiente. Cita yacimientos en Bata y en Idolo.

Accediendo a insinuaciones de personas amigas nos decidimos hoy a publicar el resultado de nuestros trabajos e investigaciones realizados estos últimos años sin ninguna pretensión con el único fin de que puedan ser utilizados y ampliados por personas más competentes.

El material que ahora se estudia

forma parte de diferentes prospecciones hechas por nosotros en aquella zona las cuales después de varios años transcuridos han podido ser mejor estudiados y valorados gracias al apoyo y asesoramiento de notables prehistoriadores nacionales y a otros medios que nos ha proporcionado la experiencia.

En Río Muni que sepamos no se ha hecho ninguna excavación en regla por no disponer de yacimientos con estratigrafía segura y más que nada por falta de medios. Los materiales analizados se han encontrado casi siempre en niveles revueltos y en superficie, pero así y todo creemos que podrán ser útiles a los investigadores.

Estaciones arqueológicas

Nuestras prospecciones se han verificado principalmente en la zona del estuario del Muni, en la zona de Bata, en la de Benito y también aunque en menor escala en el interior del Continente.

Por los materiales recogidos y suponiendo siempre que nuestra valoración haya sido verdadera se puede afirmar que ya han aparecido útiles de distintas tipologías y culturas desde las más antiguas a las más modernas.

Antes de estudiar las estaciones arqueológicas por separado daremos una breve explicación de conjunto.

EL instrumental de piedra

El material lítico o útiles de piedra de que disponemos no son muy abundantes pero aún así nos revelan una tipología bastante variada y nos pueden dar una idea de la actividad de esos hombres primitivos. Se emplean preferentemente areniscas, pizarras cuarcitas y muchas variedades de cuarzo.

Tipología

A pesar de su escasez ya conocemos una buena variedad de utensilios. El instrumento más antiguo es sin duda una hacha del Sangoense encontrada en Bata por D. Jorge Sabater. La cultura Sangoense tiene su origen o toma este nombre de una localidad llamada SANGO BAY en el lago de Victoria de Uganda.

(Está considerado como posterior del ACHELIENSE primero). (6).

Los análisis de radiocarbono dan: 38.000 2.500 y entre 43.000 y 40.600 a. de Cristo. En las cataratas de Kalanbo la cultura puede ser situada estatigráficamente con seguridad y debe considerarse contemporánea del Musteriense europeo.

El Sangoense procede de forma inmediata al Paleolítico medio y es propia de ciertas áreas tropicales de lluvias abundantes. Se sugiere que el término Sangoense debe ser utilizado ocasionalmente en los lugares donde esta etapa aparezca como fase preliminar de una fase local del Paleolítico medio.

El encontrarse este instrumento tan antiguo en superficie y tal vez asociado a cerámica hace suponer la teoría ya admitida de que estos instrumentos fueron reutilizados por las gentes del Neolítico. En la isla de Fernando Poo los encontramos tambi-



Primeros instrumentos líticos de Río Muni

én pero hasta que no veamos esta-
pigrafía segura no se podrá afirmar
con certeza que en realidad existía
esta Cultura. Como nos decía hace
poco nuestro buen amigo el Dr. D.
Eduardo Ripoll, director del Museo
Arqueológico de Barcelona debemos
llamar a esa industria sólo de tradi-
ción Sangoense.

También conocemos ya las hojas
pedunculadas, las puntas de azagaya,
los picos triangulares, los raspadores
etc.

Tenemos algunas piezas de cuarzo
que se parecen a puntas de flecha,
pero esperamos los nuevos hallazgos
para dictaminar sobre las mismas.

Entre los muchos sílex en que se
ve clarísimo el retoque humano hay
que hacer mención de un tipo en
que aparecen los bordes con unos
casi imperceptibles dientes. Estos bor-
des dentados sólo se distinguen
claramente vistos con la lupa y su
función cortante es excelente. En
general los pequeños instrumentos
de sílex que conocemos son de
manufactura muy tosca.

Como ya hemos indicado el cuarzo
es muy abundante en los yacimientos,
se encuentran núcleos más o menos
desbastados, esquirlas y lascas abun-
dantisimas muchas de ellas retocadas
y por tanto verdaderos utensilios. Es
cierto que hasta ahora por lo me-
nos no ha aparecido ningún instru-
mento con retoques abiselados de
la forma de los del Sahara pero tal
vez sea preludio de otro más perfec-
to que esta aún por aparecer.

Se ha encontrado un ejemplar de

la cultura llamada «Pebble culture»
que son guijarros o cantos rodados
con rústicos retoques. Según algunos
autores estos instrumentos van uni-
dos a la cultura Sangoense de la
que hemos tratado más arriba.

Casi todas las piezas que cono-
cemos son de la técnica de hojas o
sea que son lascas en que el retoque
o trabajo humano sólo se aprecia
en una de las caras. Con todo pode-
mos dar a conocer también algunas
bifaces, o sea las que tienen retoque
en las dos caras.

Bifaces

Los números 1 y 2 corresponden
a dos bifaces las cuales aunque pre-
sentan ciertos estrechamientos en el
cuello que podía servir para enman-
garlas creemos que se las puede
llamar hachas de mano. El n.º 1 se
parece al tipo gubia tan frecuente
en el poblado Neolítico de Carbo-
neras en Santa Isabel de Fernando
Poo El n.º 2 está fragmentada pero
se aprecia por estar incompleta, podría
ser que fuera un instrumento con
algo de pulimentación, las de Fernan-
do Poo son así.

Hacha pulimentada

Hasta ahora no conocíamos de
Rio Muni ningún hacha pulimentada
pero este año ha aparecido la prime-
ra en una zona bastante distante de
la costa. El hallazgo se debe a D.
Narciso Lueza que la encontró al
abrir la cimentación de un puente
en el rio Nta en la demarcación de
NSORC (Rio Muni). Nosotros la clasi-

ficamos así: Hacha de mano manofaz, pues el retoque se nota perfectamente en una de las caras; instrumento elaborado sobre lascas con pulimentación en el corte y algo también en la empuñadura. El filo está algo deteriorado, mide 170 X 55 m.m. la materia prima es una pizarra de color gris.

Algunas de las piezas recogidas tienen ciertos paralelismos con las culturas del Congo ex Belga particularmente con las llamadas Kanse- nienses nombre tomado de la región de Kansenia (ELISABETVILLE).

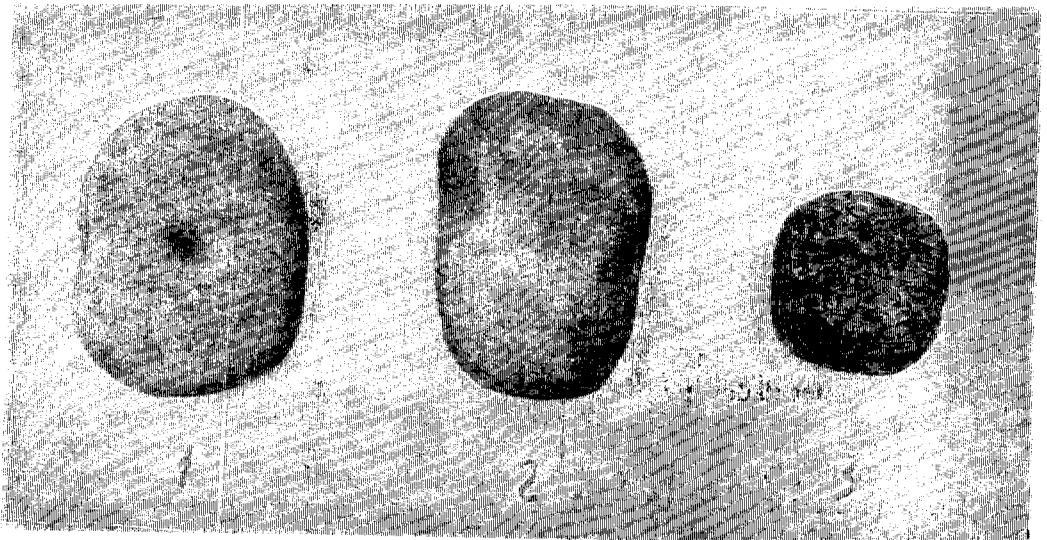
Pequeños Morteros (Molletes)

Tanto en Río Muni como en Fernando Poo se encuentran en los yacimientos unas pequeñas piedrecitas de tamaños y formas distintas que hemos seguido llamando pequeños mor-

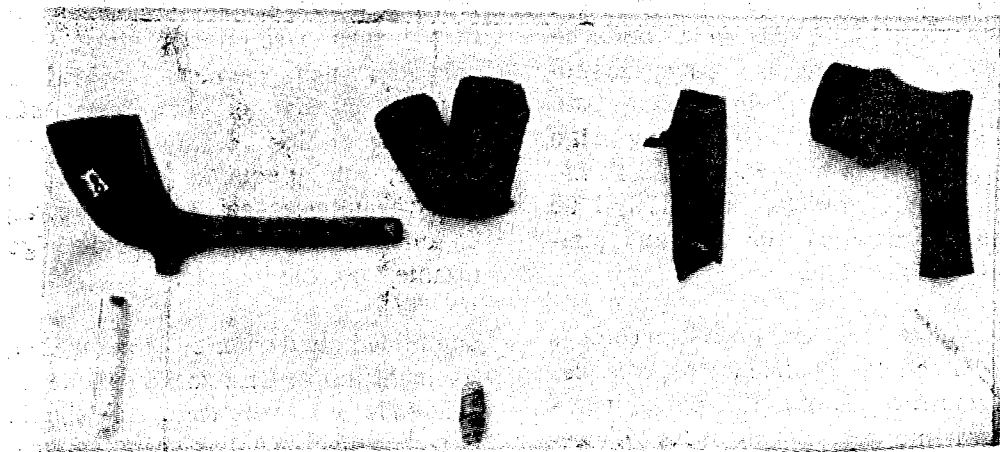
teros. Se aprovechan pequeñas piedras planas o se retocan otras; suelen tener una pequeña cavidad o desgaste circular en una cara más frecuente en las dos; si son cuadrangulares, este pequeño desgaste se observa entonces en las cuatro caras; en otras se aprecia el pase de algo rozante, posible cuerda.

Su utilidad queda aún en la penumbra, las múltiples interpretaciones que se han dado no satisfacen. A simple vista parecen piedras para romper algún fruto seco, podrían ser pintaderas u objetos rituales, piedras de pescar etc.

Parece ser que se encuentran en muchos yacimientos africanos. Abunda mucho en la región de Libia y los investigadores franceses que las han estudiado las llaman «molletes» (7).



Pequeños morteros o machacadores de piedra de las excavaciones de Río Muni



Pipas cerámicas y abalorios de Río Muni

La cerámica

El material cerámico es abundantísimo encontrándose casi siempre fragmentado y apareciendo con frecuencia asociado a restos de cocina. Es relativamente fácil localizar esas manchas que aparecen en ciertos lugares y que indican los yacimientos que casi siempre son restos de hogares y depósitos de desechos del poblado.

Los tipos de vasijas de barro son variados; el tipo olla de modelos distintos es el más común; hay además cuencos, vasijas piroformes etc. La decoración de estos utensilios es profusa y variada, sorprende la diversidad de decorados, la habilidad y la inventiva que este trabajo supone, máxime si se tiene en cuenta que casi siempre eran ejecutados por el sexo débil.

Un etnólogo preguntó en cierta ocasión a una de estas mujeres ceramistas de un pueblo primitivo actual porque había tantos modelos diferentes, y

ella respondió: «¿Cómo iba a reconocer mi plato cuando las mujeres vamos a recoger los cacharros del salón cuando los hombres han terminado de comer?» — Por lo visto cada mujer tenía su propia contraseña que aplicaba en todas las vasijas. Este fenómeno lo vemos con frecuencia en la estación Neolítica de Carboneras donde en la parte interna de la tapaderas aparece la contraseña que se va repitiendo en los distintos modelos.

La técnica de la decoración parece ser la misma que se observa en otras culturas. Así tenemos decorados impresos utilizando conchas de mar u otros objetos; parece que conocían la técnica de la ruedecita y la del peine.

Se ha encontrado la cerámica cardial o sea la que decora la superficie externa de la vasija con impresiones hechas con el borde de la concha Cardium. Las muestras encontradas por nosotros en la región del estuario del Muni en nada difieren de la cerámica cardial encontrada en las cuevas de la montaña de Montserrat en Cataluña. En España esta cultura se le señala la edad de 6.000 años.

Otros decorados son tan complejos que suponemos podrían ser hechos utilizando como molde un cesto, o en todo caso que sólo les sirvieron de modelo para inspirarse.

Otro decorado típico es el que nos atrevemos a llamar *cuneiforme* o sea unas incisiones que se parecen a los signos de esta escritura empleada en Siria en tiempo de los Faraones. De momento sólo poseemos tres pequeños fragmentos en dos de los cuales aparece sólo esa decoración en cambio en el otro fragmento está asociada con otros adornos.

Abalorios de barro cocido

Algunas estaciones han dado abalorios de barro cocido de modelos distintos según el lugar del hallazgo; los hay redondos y alargados, de tamaños distintos los cuales ensartados se pres-

tan a bonitas combinaciones; algunos conservan aún un intenso color rojo y están en perfectas condiciones, pero lo ordinario es encontrarlos muy erosionados.

Fué una tarea difícil el poderlos localizar; primero porque abundan poco y en segundo lugar porque muchos de ellos se han deteriorado. Facilitó mucho nuestra labor en conocerlos de antemano por unas publicaciones de la región del lago TCHAD.

En los yacimientos españoles se encuentran también; los nuestros son iguales a los encontrados en la cueva de la Paloma de Soto de las Regueras (Asturias). Algunos arqueólogos los confunden con las fusayolas por su parecido, pero si se analizan con detención se aprecian notables diferencias. Las fusayolas tienen forma más bien esférica y son más pesadas. (8)



Primeros ejemplares de instrumental lítico de Río Muni

Restos antropológicos

Al material osteológico o de restos de huesos humanos y de animales es siempre escaso debido a las condiciones climáticas del país. Según los Drs. Periccot Terradell (9) este fenómeno se debe a la «potencia de oxidación de la actividad de la atmósfera o al estar enterrados por el tipo de tierras desprovista de elementos calcáreos que lo disuelven rápidamente».

Nosotros encontramos algunos restos de huesos humanos en las estaciones de Corisco y del Fortín Portugués de los que hablaremos más abajo.

No podemos adelantar ningún juicio porque estos materiales están aún en manos de los científicos para su estudio.

Útiles de hierro

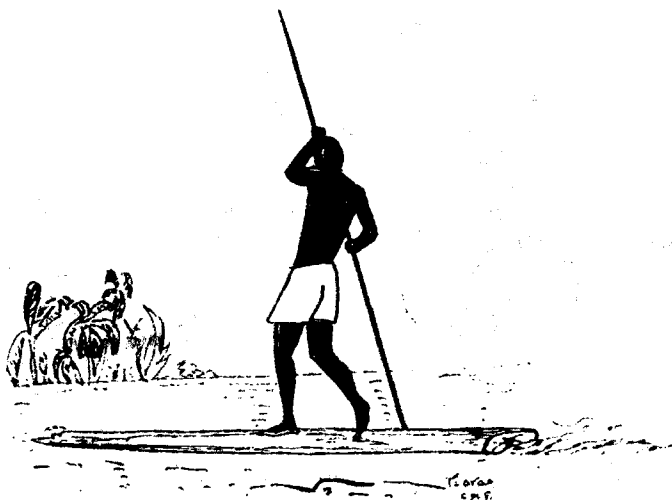
Los restos de material de hierro

son también escasos. La única pieza que presenta probabilidades de antigüedad es una punta de lanza muy oxidada que nos dió el yacimiento de Elobey Grande. De este mismo lugar es también otra pieza de hierro muy oxidada que por la forma exterior se parece a las hachas de los nativos actuales.

Piedras afiladoras de instrumental lítico

Son unos bloques de piedra en los cuales los hombres del Neolítico labraron unas ranuras, surcos o canales que empleaban para afilar y pulimentar los instrumentos de piedra.

Los tenemos muy abundantes en la isla de Fernando Poo y era lógico que dada su proximidad con la región del Muni se encontraran también allí.



GUINEA ECUATORIAL

Por Iñigo DE ARANZADI

A los viejos coloniales, que tanto país han hecho.

I.—RIO MUNI

LOS BOSQUES. LAS GENTES

Niefang es un mirador sobre el río; Mícomeseng, una aventura; Evina-yong, un sortilegio.

El Niefang que fundó Ayala, estrenó Daniel Artieda, vivió Gisbert, comerció Ortiz y roturaron Moyano y Casajuana, no era aún llamado Sevilla. Eso vino después, cuando un gobernador andaluz se empeñó en apellidarle a corte de cintas sobre un nuevo puente de Triana con faralaes en el talle de muchachas de color aguas abajo del paso increíble que montaron Rancoño y Zubiaurre.

Niefang era límite—*nei*—de los fang y sus bosque orillaban el largo Benito que, en Nguandum, salta ensanchando cauces con pierdas a flor para sesteo de cocodrilos aburridos.

Los fang trajeron el éxodo y la vicisitud y, en un tiempo, Niefang de la tribu Yemvam fue puesto de avanzadilla en la selva a la que iban empujando a los *mocuc*, los bujeba, en retirada guerrera. El *ncu*, la *tum*—ba o

tamtam, que de tales voces se conoce, tenía centinela perpetuo y en ningún poblado—*nam cá asup mbot abelé*—podía faltar custodiador de turno.

A las fiestas de agosto 1963 llegaron a Niefang gentes de diferentes tribus a ganarse el concurso de peinados o de lucha *mësing*, el torneo de baleles o la justa de *aizcolaris* cortatroncos de *elón* y *samaquila*. Los remeros del bajo Benito se pasearon mirando, sin mover el cuello a los bogadores del interior, con ínfulas a pan comido, antes de la regata de cayucos.

Un comerciante buhonero hizo en la guagua del alba las doce leguas y buen pico de asfalto mediador, desde Bata, capital residencial en la orilla atlántica, y se llegó con sus bártulos a la fonda del lugar.

Dio su nombre—Pedro Obiang Nsogo, para servir a Dios y a ustedes, de oficio vendedor ambulante, natural de Níúa de la tribu Anvom, distrito de Evinayong, soltero para lo que cumpla, especializado en la venta

de jabón, pañuelos, latas de conserva, aceite de orujo, encendedores baratos y medicina de fuerte: buenos clotes, tabaco en rama, tabaco en paquetillos, cuchillas de afeitar, relojes (dos me quedan), cerillas y pescado salado; petróleo, pilas de linterna, colonia y crema de ungir, ollas de aluminio y dompedro de a cuarto—y le asignaron una habitación del principal con agua corriente en el lavabo, colchón de viruta de corcho, zofra de rafia al pie y espejo iluminador.

La mañana de Niefang estaba oyendo misa con penegírico y cantos de las alumnas de las Madres, de bote en bote la Misión, circunspectas las autoridades en sitiales de primera—alcalde, delegado, médico, maestros, jefes de tribu, guardia civil y comisión

de festejos—y el pueblo compacto fermentando detrás.

Pedro Obiang Nsogo, natural de Nfúa, deshizo la batería de cajas y maletones y sacó mercancía del armatoste mayor, desvencijado ya de puro comprimir los cachibaches hasta casi hacer saltar los oxidados clavos birlados, irrespetuosamente, de una barcaza jubilada en la playa de Bata, cuando sus tiempos de factor, Se duchó, vistió su traje más ñangá, se ungó aceite perfumado y pidió un mozo para llevar al zacatín del ferial los géneros más propios.

Cuando llegó al mercadillo todo estaba ocupado desde la mañanica y un hausa de fez recortado le había tomado el sitio. Pedro Obiang sacó un papei, con ceremonia, y el hau-



Iglesia de Río Benito

sa, poco palabrero se retiró a un extremo del zoco pidiendo a Alá que la agricultura de los fang fuera próspera y no le trajera competencia en el comercio, pues desde que los pá-mues se lanzaron a negociar, el vaivén de los precios, de un mercadillo a otro, no tenían sujeción.

Cuando terminaron los actos religiosos—en Niefang la procesión va por fuera—la calle principal o carretera general, que es a la vez parada de guaguas y mentidero de los citados a pleitos pequeños y real de la feria, se abarrotó de lugareños y forasteros, los bares se atestaron, los tenderetes se animaron y alguno que otro se largó a pasear al puente de Triana antes del almuerzo confortador y la exhibición de Matéu en el frontón, único del país, que construyeron los hermanos Lauzirika en el primer solar de Artieda. El río pasaba colmado y, a ambos lados, los bosques cantaban las riberas rebasadas de frondas.

Niefang es cruce de caminos. Por el agua, hasta la mar, Benito abajo. Por la tierra de Evínayong carretera del sur, monte Chocolate arriba y las cascadas. Y hacia el este a Micomeseng, Ebibeyin y bordes del río Kie, frontera del Gabón.

Un viejo pidió a Pedro Obiang medicina de fuerte; pero que no quería de país sino de *ntang*, que le era la mejor; que él sabía mucha medicina de país, y le habló a Pedro Obiang de la medicina de correr. Pedro le escuchaba cada vez más interesado, pero no por ello dejó un momento de atender a la clientela.

Es posible que la historia de la medicina de correr la conociera Ossorio cuando, en 1886, exploró los bosques de Niefang y remontó el curso del Benito superior. Hay testigos de mayor excepción que le sitúan hace cerca de cuarenta años, cuando Artieda hacia finca en Nongó años antes que el popular Moyano, y mercadeaba en Niefang. En Bata tenía una casa que compartió muchas veces con Gisbert, antes de asociarse para el comercio y la construcción. Pedro Obiang contó muchas veces la historia en la casa de la palabra a su paso, de mercado en mercado junto al fuego tradicional y el silencio de los demás.

Gonzalo Gisbert y Gárate, natural de Portugalete, y el navarro Daniel Artieda, tafallés, ocupaban al alimón la casa del segundo con factoría acoplada que abarcaba, como todas las del país, desde los caramelos a la lámpara del bosque. Tenía un criado bujeba, naturalmente pues en aquella época los fang no sabían ni hablar español, a diferencia de ahora que de cuarenta años de edad abajo no hay analfabeto. Este criado era tan lento en su hacer las cosas que les tenía desesperados. Pero un día le mandaron a recado de peces, y, si de común tardaba de dos a tres horas, volvió con ellos fresquísimos, al cabo de quince minutos. Le preguntaron de dónde los traía y el bujeba contestó que del Ecuco. Le dijeron que era imposible. El criado insistió. Protestaron y Artieda concluyó que les estaba tomando el pelo y que habría comprado la pesca a algún cavyuquero llegado a Ba-

ta: que de todas formas, era mejor dejarlo. Mas en ocasiones sucesivas se repitió la cosa. Gisbert indagó y comprobó que no se traían peces por alrededores y que el bujeba solamente podía comprar en donde decía. El criado hacía ya las cosas a velocidad y tanto Gisbert como Artieda sentían gran curiosidad. El bujeba les dijo que era un hombre veloz porque tenía «medicina de correr» y les juró por Nzambi de los «bisió» que podría ir a Niefang, tres días y medio de andanza, en media hora o tres cuartos a lo más. Como Artieda debía subir por aquellos días a su finca de Mongó, quedaron de acuerdo en que el jueves siguiente, a las dos y media de la tarde, Gisbert diría al bujeba que se fuera a Niefang, en donde aquél le esperaba.

Daniel Artieda llegó a Niefang en la tarde del Miércoles. Al día siguiente hizo inventario, arregló cuestiones, se fué a comer y salió con su escopeta. Artieda ha dejado fama de gran cazador. Se cuenta de él y de otro Artieda y Aurelio, alias «el cojudo», que iban juntos al elefante, anécdotas innumerables y pintorescas. Artieda llegó por senda de bosque a la orilla del Benito tras una pareja de turacos coloridos que le ganaban la mano y le llevaban la mirada a mal traer de copa en copa y la paciencia a término de zarza a pantano. Artieda se paró al pie de una terminalia fronteriza entre el bosque y el río ancho. Los turacos se echaron a volar a la otra orilla, en oblicuo, corriente abajo. Artieda se encará la escopeta y al ir a disparar se quedó con el sobrecogimiento de

un cazador de vocación ante una presa insólita. Por el punto de mira vió venir por el río, en dirección a él, perdiendo altura, un bicho gigantesco y volador entre águila y condor. El ave se acercaba y Artieda olvidó los turacos tan sólo tuvo tiempo de cargar un cartucho de posta apuntar, hacer fuego y esperar. El ave graznó angustia, abatió un ala y chorreando sangre, volvió timón, y sobre los árboles se perdió. Artieda anduvo al rastro toda la tarde y volvió a su casa cuando el cabo de la guardia colonial con gentes y antorchas salía a buscarlo.

El criado bujeba no llegó —Artieda lo esperaba así— y supuso que en dos días no haría el camino. Contó su peripecia a los Yemvam, describió el gran pájaro y conjeturó sobre cuánto podría haber volado con el ala rota.

Cuando Daniel regresó a Bata, le dijo Gisbert que había admitido un nuevo criado porque el bujeba dijo que salía a Niefang y había aparecido el día anterior con el brazo destrozado por un tiro de postas.

Pedro Obiang Nsógo, cuando las fiestas de Niefang terminaron con la tradicional elección de «mis», hizo cortesía al alcalde Luis Rondó, combe y poeta, y se dedicó a mercadear por los alrededores. Cuando no había guagua, o no quería gastar, se dedicaba al auto-stop; situándose en cercanías de un camión averiado, paraba a los coches y pedía ir al pueblo en el que, decía tenía la pieza de repuesto y gente para ayudarle; o bien, si no había lugar a esa excusa mostraba un papel de citación del Juzga-



Con gran regocijo celebran los "fang" la venida al mundo de un nuevo miembro de la tribu

do con fecha de dos años antes que generalmente los conductores camino de Bata no tenían tiempo de leer.

Pedro Obiang anduvo por Añisoc, capital de los Bimvile, donde estudiara Tessmann, cincuenta años antes la etnografía de Malén. Valladolid de los Binbiles, villa comercial, tiene colegio de monjas negras, cine y Misión un primer edil Jacinto Roca, dibujante de los fang, y la solanera siempre unido a Micomeseng hasta que el mercadillo mensual de cacao —el de los hombres báscula en la época más rica del país— se convirtió en sedentario al levantarse una pequeña ciudad con pretrazado total, avenida de palmeras reales en el centro y la instalación de beneficios agrícolas, para hacer exportable

el café, en gran parte de los edificios, enjalbegados y limpios como el ayang de los ríos.

A Pedro Obiang, natural de Nfúa, le hicieron palabra en Micomeseng, a su venida a Añisoc. El, dice, no tuvo culpa de que unos individuos de la tribu Mabán le prohibieran cortejar a una muchacha y lo expulsaran del pueblo. Obiang dijo que no se iba, que España era de los españoles y la calle de todos, que si la chica era soltera nadie era quién para impedirle tirarle los tejos; que en vez de chinchorrear por cosas de tan poco fuste que se avergonzaran de ser de una tribu tan pequeña porque «no multiplica»; que él era de la tribu Anvom, la más grande de los ocac y a mucha hõn-

ra. Los parientes de la novia sintieron ofendido su celo creador y armaron la de Dios, pegaron a Obiang, que se escapó como pudo maltrecho y aporreado, y para colmo, decía después, le acusaron de insultos graves. Y acaso por esto fallaron en contra los Mabán. Se hicieron compañía en la cárcel y resultaron la mar de amigos. Trabajaron en distintos lugares y andaban Micomeseng durante el día. Se cambiaban noticias y, a la noche, la terna era un ágora comadreante injertada en patio de monipodio. Así se enteró Pedro Obiang Nsogo de la llegada de Monsieur Edinger.

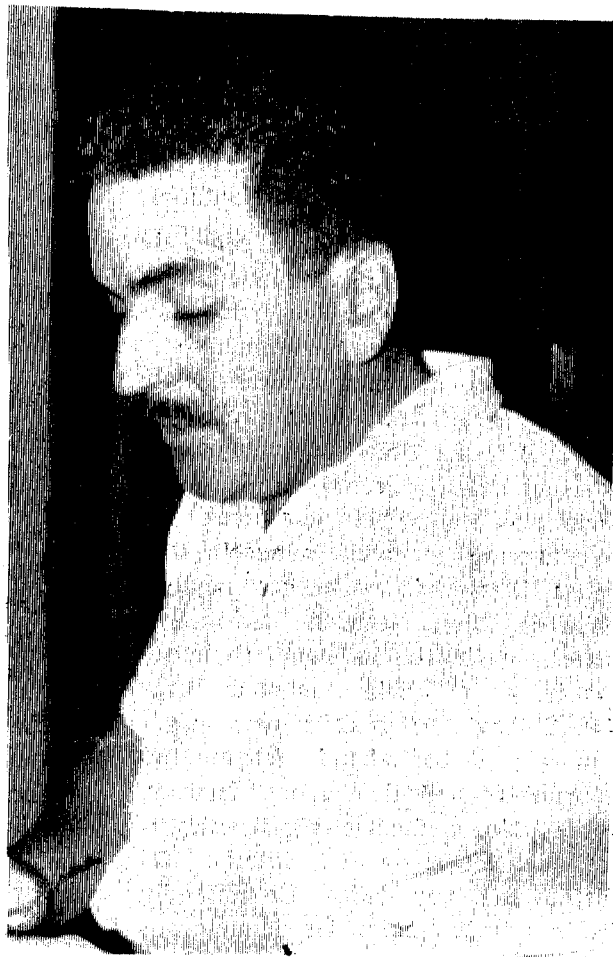
Rubio fornido, cordial y con aspecto de cuarenta y cinco años a pesar de sus sesenta, los que le vieron poner en el suelo del solar de Banker grandes sábanas en forma de C para comunicar a un avión su primer campamento, decían que era un espía. Edinger, alemán, ex-legionario, cazador y residente en Yaundé, venía a buscar a una mujer blanca que, según peritos en radiestesia y conocimientos del bosque, vive sin memoria entre el grupo de bayeles pigmoides que habitan las selvas de Ntem, desde un accidente que, en junio de 1962, costara la vida a Monsieur Morlot, joven marido de una muchacha de veintitres años que, en dictámenes de videntes y radiestesistas belgas y alemanes que coincidieron exactitudes, habían caído, con una avioneta del aeroclub de Yaundé, sobre el monte Acoc, que significa piedra, en una región ignorada entre el río Campo o Ntem y la frontera de Río Muni, dentro de la república federal que explotara en

1847 el inglés Camaron. Acoc, la única con nombre de las cuatro montañas que encierran ese bosque misterioso, se ve desde territorio español (los fang la bautizaron así) y desde el río Ntem del Camerún el acceso es difícil. Por eso Edinger llegó a Micomeseng.

Micomeseng es una estación de guagua —parada y fonda—, una famosa leprosería, un hospital, un salón descubierto de cine, una capilla de fábrica, una escuela oficial, una casa cuna, una delegación gubernativa y todo lo demás son comercios, un taller mecánico y un par de secaderos de cacao.

Llamaron Micomeseng al lugar en donde, junto a unos árboles caídos (micó) de palomeros (méseng), hicieron poblado los de la tribu Yenkeng, en su histórica migración. Luego vino un hospiciario, Mariano Lapaz Expósito, natural de Madrid que se hizo carpintero en el asilo, y, camino de Inglaterra, hundieron su buque y se fue a la oveja en el Oeste americano cuando las guerras del catorce y de vaqueros contra ovejeros. Hizo dinero, volvió a España y sus antiguos compañeros de orfanato dieron a malgasto sus ahoros. Recaló en el puerto de Santa Isabel en el año veintiuno y una compañía agrícola lo contrató para reclutar braceros en los bosques del continente guineo. Así alcanzó Micomeseng, se hizo una casa de calabó y de nipa y trabajó durante algún tiempo. Después, Julián Ayala, natural del Orgaz, explorador y adelantado, montó un campamento de la guardia colonial en Micomeseng, porque había ya un

Aranzadi, el cantor de
los bosques y las gentes
de Guinea Ecuatorial



blanco. Lapaz fue un hombre verdaderamente bueno. Abrió una fonda y todos los europeos residentes en Micoméseng comían en ella y pagaba el que quiera, pues nunca Lapaz se molestó en hacer una factura. Era el único que vistió siempre traje completo, blanco y sucísimo. Tuvo los mejores solares y, antes de morir, por el año cincuenta, le doraron la pildora sus vecinos para ganarse la herencia de un hombre sin parientes. Lapaz a nadie dijo que no. Pidió que viniera el administrador territorial en fun-

ciones de notario para hacer testamento. Cada uno de los pretendientes se felicitó. Cuando llegó el entonces capitán Sáez le dijo que puesto que él, Lapaz vivía gracias a una inclusa del Estado, que lo recogió, y que gracias al Estado había aprendido un oficio y había hecho su vida, todo lo que tenía se lo dejaba al Estado. Y no hizo testamento. Fue enterrado en Micoméseng, y antes de echar la primera paletada de tierra, se asomó una vieja mujer fang y dejó caer sobre la caja dos flores rojas del bosque

A los que han visto nombrar Sevilla a Niefang, Valladolid a Añisoc y Guadalupe a Mongomo, no han pensado acaso en un Micomeseng de Lapaz, fundador y pionero, causa realmente vinculada a esta villa fronteriza.

Pedro Obiang salió de la cárcel de Micomeseng y no quiso seguir a Ebebiyin y Mongomo en su comercio andariego porque se sentía enfermo y porque, dijo, no era ya ocasión de ganar dinero hacia el bosque, sino hacia Bata. La ocasión había pasado y en el negocio, como en la vida, anda más seguro el que más ve. Micomeseng le había supuesto una pausa inesperada y el que la doncella de color, causa de todos sus males, le llevaba la comida diariamente, no le había aumentado caudal. Ebibeyín le gustaba para la ganancia y el contrabando. Acostumbró a cambiar artículos a los haussas, sobre todo medicinas vigorizantes, a las que los fang del interior del distrito son muy dados. En Ebibeyín había pasado temporadas de mercados con su equipaje ambulador y se trajo algunas veces, de las casas de la palabra, trofeos de gorila, situtunga, leopardo y chimpancé, que en Bata apreciaban y pagaban bien. Luego le hicieron la competencia los haussas. En la cárcel se enteró de que el día 17 de enero había muerto, en Abere de la tribu Esatop, el gran Etó Mebimi, anciano de prestigio, héroe de las guerras antiguas, enemigo de los brujos y hombre de calidad tal que las fiestas de su defunción y las danzas de los muertos durarían largo tiempo.

Obiang estaba enfermo, con hinchazones y picores, y se fue a Niefang

dejó su mercadería y siguió a Bata. Se hospitalizó y le diagnosticaron filariasis. En la sala de distinguidos (el hospital de Bata es el primero en dimensión, arquitectura y dotación en toda la costa oriental de África: fué construido a iniciativa de un jienense, hombre al que el país debe mucho y le pagó con incompreensión) conoció a un combe llamado Rocu, pescador y marino, que adolecía de anquilostomas de manglar. Obiang y Rocu hablaron de negocios y decidieron hacer comercio por tierra y por mar en sociedad. Cuando les dieron alta y tratamiento, ultimaron condiciones en la plaza del Reloj en la que Obiang tomó un taxi colectivo a Niefang, camino de la convalecencia en su poblado natal.

En el kilómetro cincuenta, en el extremo sur de la reserva de Monte Raíces cientos de kilómetros cuadrados de bosque hasta el río Nvia habitados de caza mayor mediana y menor, desde el elefante a los pájaros indicadores de miel— bajaron viajeros y Obiang se acomodó a voluntad. Se amodorró después y se enteró dónde estaba cuando el conductor fang le dijo:

—Don Pedro, ha llegado usted a la estación de Niefang: la guagua de Evinayong está para salir.

Pedro Obiang Nsógo estuvo en Nfua mientras duró su tratamiento de hetrazán. A última hora hizo algún viaje a Aconibe, por las cuestas increíbles de una carretera abierta entre valles altos, donde la agricultura y el paisaje impresionante andan a la par. Pero apenas salió de su casa. Atendió a algún cazador de elefan-

tes y tuvo que acompañar a su tío Santiago Nguema, jefe de Acurenem, a orillas del Tega, a la ofrenda anual a los espíritus de las aguas. En el río Tega, en unas cascadas salvajes y altísimas, Nsógo Ngon, hechicero y tío padre de Obiang, hizo maleficio a un jóven de la tribu que no quiso pagar el precio de alojamiento. El muchacho se despeñó por las cataratas y apareció su cuerpo en el remanso inferior.

A Nsógo Ngon tío padre de Obiang, le acusaron sus hermanos de tribu y Ayala lo llevó a Santa Isabel hacia el veintiocho, acusado de asesinato. Nsógo Ngon no soportó la incompreensión a su justicia mágica y se envenenó en su celda con hierbas desconocidas.

Desde Nfúa hasta Tegaeté (dentro del Tega), hizo Obiang la andadura recuperado y ágil. Tomó la guagua de Alfonso Andujar, hombre alegre optimista y habitante primero de Evinayong con Rancaño y Ramón Tomás, y en la capital del distrito le reservaron pasaje en cabina hasta Bata.

Al comercio de nuevo. Esta vez por tierra y por mar. La mar y el bosque en sociedad privada. La mar de los combes y bujebas, la de las playas y las islas, intercambiando valores con los bosques de los fang. En Bata se verían Rocu y Obiang y emprenderían caminos compartidos, al acaso, la mar de la sal apetecida en un viejo éxodo y al interior la belleza y el sortilegio en eclosión.



Leyendas, fábulas y cuentos bubis

Por T. Martínez García

LAS TRES HERMANAS

Un hombre y una mujer tuvieron cuatro hijos: un niño y tres niñas. Eran todavía pequeños cuándo murió la madre; poco después murió el hijo mayor. Las tres niñas quedaron al cuidado de su padre y a su lado crecieron y se hicieron jóvenes apuestas.

Un día dijeron las tres hermanas a su padre:

—Queremos salir de casa para ir en busca de trabajo.

—Bueno, contestó su padre; podéis ir cuando queráis.

Emprendieron el camino alegres y contentas porque respiraban los primeros aires de la libertad.

Yendo caminando les salió al encuentro el espíritu de su hermano.

Les dijo:

—Yo sé a dónde vais y qué es lo que buscáis. Mirad, hermanas; más adelante encontraréis un plato lleno de sabrosa comida: ñames, arroz, y toda clase de carne y salsa.

Pasad de largo y no comáis porque si alguna llegara a comer su lengua hablaría como perro.

Las tres hermanas prosiguieron su

camino y después de mucho andar encontraron el plato de comida.

—¡Eyóô!, exclamaron a una las tres hermanas; pero ninguna se atrevió a tocar el plato pues recordaban la advertencia de su hermano.

Pasaron de largo. Al cabo de un rato la hermana pequeña fingió tener una necesidad y dijo a sus dos hermanas:

—Hermanas, esperad un poco que vuelvo enseguida.

—Vete, le dijeron; pero no vayas donde está el plato de la comida. La hermana pequeña tan pronto desapareció de la vista de las otras se dirigió presurosa al plato de comida que había quedado atrás y a solas sació su hambre.

Las dos hermanas estaban impacientes pues su hermana menor tardaba mucho. Cuando regresó le preguntaron por qué había tardado tanto y la niña callaba. Tanto le importunaron que la niña quiso contestar pero sólo salió de su boca un ladrido prolongado:

—¡guau!, ¡guau!, ¡guau!

—¡Oh, Dios mío!, exclamaron sus

hermanas aterrorizadas; sin duda que has comido la comida de aquel plato. Y, ahora, ¿qué haremos?

Tristes y silenciosas llegaron al pueblo a donde se dirigían y se presentaron al rey. El rey al ver las tres jóvenes quedóse enamorado de la más pequeña y dijo que quería casarse con ella. Y la niña se quedó en la casa del rey.

El rey tenía seis mujeres más, pero desde aquel momento aquella niña fue la preferida.

La niña no hablaba y las mujeres del rey, intrigadas, se decían:

—¿Qué es esto? ¿Si será muda? Y dijeron:

Si es muda, fuera de aquí; que ese rey todo el tiempo más que perder su tiempo no tiene.

Fueron a hacer consulta y conjuración al espíritu de la niña para que les dijera por qué no hablaba.

El espíritu de la niña les dijo:

—¿Sabéis lo que tenéis que hacer para saber si hablo? ¡Mirad; llevad a la casa toda clase de comida que les gusta comer a las cabras; después me decís que me quede ahí guardando la comida pues vosotras tenéis que marchar a la finca; salid de la casa y esconded os detrás, en la cocina; desde allí oiréis si hablo o no.

Marcharon contentas. Cuando llegaron a casa hicieron todo cuanto el espíritu de la niña les había dicho; después dijeron a la niña:

—Quédate guardando esta comida pues nosotras vamos a la finca.

La niña quedóse en la casa y al poco rato las cabras del poblado que me-

rodeaban cerca entraron en la casa y empezaron a comer la comida.

La niña al ver las cabras las ahuyentó primeramente con la mano pero al ver que no se marchaban empezó a gritar:

—¡Guau!, ¡guau! ¡guau!

Las mujeres que observaban escondidas en la cocina salieron corriendo.

—¡Aáah!, exclamaron; ¡con que tú no habías más que como perro y nos estás quitando nuestro trono! ¡Ya verás lo que te pasará!

Y fueron con el cuento al rey.

—Esta chica con quien dices que te casarás no habla; habla como un perro.

—Ah, sí?, exclamó el rey asustado. ¡Bueno; mañana todo el mundo se reunirá en la plaza y esa niña estará en medio de todos cantando y bailando. Si es verdad que no canta la mataremos; pero si canta os mataré a todas vosotras.

Aquella noche las dos hermanas la pasaron llorando al lado de su hermanita y decían:

—¡Oh, Dios mío!; ¡nuestra hermana que es tan joven y tan guapa tiene que morir mañana!

A última hora se presentó el espíritu del hermano mayor y les dijo:

—¿Porqué lloráis?

Porque nuestra hermana menor comió de aquella comida que estaba en el plato y ahora habla como perro y dice el rey que mañana la van a matar si no habla como persona.

El hermano dió a su hermana pequeña tres bolas de «fu-fú»; se las tragó y al punto salieron de su boca tres hermosos perros.

El hermano le dijo:

¡Canta!

Y la niña empezó a cantar:

—To bei, to bei, to bei, to bala,
bala; to bei, to bo cando; to bei
to bala, bala.

—¡Muy bien!, le dijo el hermano.
Mañana cuando estés en medio de
la gente cantarás lo mismo.

Y le dió un hermoso vestido para
que se lo pusiera al día siguiente.
Cuando fue de día todo el pueblo
se reunió en la plaza; cerca del rey
estaban los soldados que tenían que
matar a la niña.

Las dos hermanas acompañaron a su
hermanita dejándola en medio de

la plaza. Y empezó a cantar:

—To bei, to bei, to bei, to bala
bala; to bei, to bo cando; to bei
to bala, bala.

Y el rey dijo a sus seis mujeres:

—¿No decíais que no sabía hablar?,
Y la niña seguía cantando:

—To bei, to bei, to bei, to bala,
bala; to bei, to bo cando; to bei
to bala, bala.

Y así iba cantando.

El rey dijo a sus guardias:

—Coged a estas mujeres y matadlas.
y el rey se casó con aquella niña,
la menor de las tres hermanas.

NOTA: Ofrecemos la traducción de la letra.

To bei, to bei, to bei: hemos llorado, hemos llorado, hemos llorado.

To bala, bala: hemos cantado, hemos cantado.

To bei, to bo cando: hemos llorado, nos hemos apenado todos los que estamos aquí.

To bei, to bala, bala: hemos llorado, hemos cantado, hemos cantado.



Fernando Poo

Interés zoológico de la zona

Dos personalidades del mundo de la ciencia se encuentran entre nosotros estos días. Se trata de don Martín Eisentraut, director del Instituto de Investigaciones Zoológicas y del Museo de Ciencias Naturales Alexander König, de Bonn, y de su colaborador Wolfgang Hartwig. Ambos trabajan para dicha institución científica, que tiene una vertiente dual: no sólo es museo, científica clasificación de objetos coleccionados, sino también un depósito de ejemplares zoológicos, que se suministran gratuitamente a las Facultades universitarias y centros docentes y de investigación que lo soliciten. Se trata de un organismo subvencionado y dependiente del Ministerio de Cultura del Estado de Westfalia.

Por encargo de dicho Instituto viene por segunda vez a Guinea el señor Eisentraut. Su propósito es llevarse buen muestrario de vertebrados, mamíferos, serpientes, ratas, peces, ranas, pájaros... Es muy grande el interés zoológico de nuestra isla. Aquí se encuentra un ejemplar de ave que es único en el mundo: el pájaro bubi, conocido científicamente con el nombre latino de «Speirops Brunneus». Además existen variedades rarísimas de pájaros y de ratones. En el vecino Camerún se localizó hace tiempo una familia de musarañas que se creía única. Pero nuestros visitantes han encontrado diez ejemplares nuevos en que se subdivide el grupo, unos en Fernando Poo y otros en el Continente.

Escuchamos las explicaciones en el despacho de Fernando Rodríguez López Lannes, secretario del Gobierno Civil, que es quien ha facilitado el diálogo. Los científicos tratan de demostrar una curiosa teoría. No es sólo un afán coleccionista el que les impulsa. Pretenden sustentar, a través del estudio de la fauna, que hace unos veinte mil años Fernando Poo estaba unido al Continente. La separación se produjo en el momento del deshielo de los grandes glaciares terráqueos. Al elevarse el nivel de las aguas se innudaron las tierras bajas que unían la actual isla al Continente. Y lo curioso es que las especies animales, comunes a ambos territorios, han evolucionado diversamente en el «hábitat» insular y en el país camerunés. Los dos científicos ale-

manes pretenden encontrar la respuesta al porqué del distinto desarrollo de especies comunes, sólo separadas por una distancia de cuarenta kilómetros.

¿Por qué buscar los ratones, los vampiros, las musarañas a más de 2.000 metros de altura? También para este interrogante existe una contestación científica. En la época de las grandes glaciaciones los trópicos eran zonas templadas, pero la temperatura media en estas latitudes era cinco grados más baja que la actual. El clima de las zonas bajas de entonces, hay que buscarlo actualmente superada cierta altitud. Por eso los volátiles y otros animales han tenido que emigrar ascensionalmente en busca de su medio normal.

En el aislamiento insular perecieron muchas especies zoológicas. Puede decirse que actualmente en Fernando Poo han supervivido la mitad de especies que en el África continental. En el inventario biológico de Fernando Poo se pueden advertir hasta 137 variedades de aves, frente a las 300 con que cuenta el Camerún.

En Fernando Poo nunca han existido elefantes. Cuando se produjo la dicotomía geográfica isla-continente todavía no habían llegado al Camerún los gigantes proboscidos.

En suma. Tratan de enriquecer todavía más la ya exuberante contabilidad activa del Instituto de Bonn, que cuenta con la mejor colección del mundo de lepidópteros de origen asiático. Buen expediente para lograrlo lo constituye esta expedición a nuestro trópico. Aquí tenemos muestrarios casi exclusivos. Sólo existían hasta hace poco dos ejemplares en todo el mundo de los murciélagos enanos de Fernando Poo. Cuatro años atrás una lagartija oriunda del monte Camerún, se creyó única. Sin embargo se han descubierto, con cierta abundancia, estupendos ejemplares en Moca.—José MENENDEZ.



Hace cincuenta años

Por T. Crespo, C. M. F.

El día 24 del pasado mes de Septiembre se celebró en la Catedral de Santa Isabel el cincuentenario sacerdotal del primer misionero español ordenado en Fernando Poo.

Se trata del R. P. José de Alcorta que en plena juventud llegaba a esta isla para cumplir con el servicio militar en su modalidad de «Privilegio de Misiones». Traía la carrera sacerdotal acabada y su servicio misionero iba a ser considerado como servicio a la Patria.

Lo primero que pensó fue prepararse para su ordenación sacerdotal que recibió dos meses más tarde, el 24 de Septiembre de 1916 de manos del Rvmo. P. Armengol Coll.

El privilegio de haber podido terminar la carrera sin ser interrumpida por la llamada al servicio militar se convertía ahora en el sacrificio de una vida misionera en un país de la patria pero tan alejado y extraño. Estaba dispuesto a morir en Guinea cuando Dios quisiera. Y hubiera muerto pronto abrasado por las fiebres si no hubiera llegado a tiempo la orden superior de trasladarse a España. Pálido y esquelético abandonó estas tierras y con temor de que ya no se desentendería nunca de las huellas del país en su salud. Pero hoy, a

los cuarenta y cinco años de haber salido de Guinea vuelve a Guinea lleno de años vigorosos y densamente misioneros por todas las provincias españolas. Ha vuelto a Guinea, por orden de los superiores para realizar una campaña misionera especial de ejercicios espirituales.

Y en medio de los días de esta campaña le sorprendió la fecha de sus Bodas de Oro Sacerdotales que dieron ocasión para un homenaje al sacerdocio misionero.

La marea humana que al final de la misa conmemorativa, se movía hacia las manos consagradas del P. Alcorta era una inmensa manifestación, libre y cordial, de honor al sacerdocio «Buen acontecimiento éste—habló el Sr. Obispo— para recordar y admirar la inmensa potencia civilizadora que ha sido la iglesia misionera en todos los países del mundo.»

Con estas palabras damos por concluido el acontecimiento misional del pasado 24 de septiembre realizado por la presencia de las supremas autoridades de Guinea Ecuatorial. Pero al P. Alcorta no le podemos despachar tan fácilmente.

Porque el P. Alcorta, hace cincuenta años en estas mismas tierras vivió



«Todo lo ha cambiado la civilización» El P. Alcorta no se cansa de repetirlo

una Guinea muy distinta, un primitivismo que hoy suscita nuestro más vivo interés.

«Si un mago me hubiera trasladado repentinamente desde mi residencia de Bilbao a estas tierras estoy seguro de que no las reconocería.

Todo lo ha transformado en ellas la civilización.

«Me está costando mucho trabajo reconstruir aquella Guinea que conocí hace cincuenta años...»

«Entonces los habitantes de Guinea me parecían auténticos habitantes del bosque... Hoy todos me parecen señoriales hasta cuando los veo salir del bosque llenos de sulfato...»

«Hasta los paisajes me parecen distintos...»

Con la vida y ornamentación que tienen hoy Punta Fernanda y Cristina, me parece distinta la bahía de Santa Isabel.»

«Nunca pude sospechar que al pie del Pico de Santa Isabel creciera tanto la ciudad. Por eso, con la ciudad en primer término, la misma perspectiva del Pico parece desconocida»

«Y si no me ayudas a recordar.. se acabaron mis recuerdos»

Empezamos pues a hacerle recordar al Padre Alcorta.

—¿Qué ambiente tenían en la Península estas posesiones españolas?

—«Tenían un ambiente muy confuso. Organos de la prensa tendenciosa consideraban estas posesiones como una carga demasiado pesada para la nación.

Proponían transacciones absurdas significando que la clave para solucionar los problemas nacionales era desentenderse de Guinea.

Pero no toda la prensa opinaba igual.

«Cuando llegué a estas tierras me encontré con la Guinea de la prensa optimista. Y entonces comprendí lo indocumentados que estaban los enemigos de Guinea.»

....

No. No estudié a fondo cuestión. Me bastaron las estadísticas oficiales.

El Gobierno de la Nación recuperaba con creces la subvención concedida a estos territorios. En la Isla de doscientas veintemil hectáreas diezmil estaban en plena explotación y se recogían cinco millones de kilos de cacao que daban por resultado quince millones de pesetas. Se vendía a tres pesetas el kilo. De la superficie total de la Isla se consideraban cultivables ciento cincuenta mil hectáreas que producirían al año trescientos quince millones de pesetas.

La madera de la Guinea continental estaba valorada en veintisietemil millones de pesetas.

El valor contributivo de la colonia al Gobierno Español ascendía a cerca de tres millones de pesetas.

En lo que se refiere a la salubridad del clima el problema estaba ya resuelto. Tomadas las debidas precauciones nos podíamos librar de las temidas fiebres palúdicas. Aunque en mí fallaron las precauciones.

En los climas del Norte de España, que hacen fuertes a los hombres,

también le fallaron las precauciones al P. Alcorta. Y una vez tuvieron que volverle a coser el estómago porque el cancer es irremediable. Hoy el P. Alcorta tiene cerca de ochenta años y está fuerte, saludable, trabajador y sigue tan enemigo como siempre de descansar.

La sabiduría de su larga vida la sigue vitalizando con un espíritu ardiente de actualidad. Recuerda perfectamente los tiempos pasados pero no se detiene a componer para ellos una elegía. Porque a medida que se le pasa la vida, la vida le parece cada día más bonita.

Los tiempos aquellos de Guinea hace cincuenta años nos los cuenta con el orgullo de haberlos vivido y con la entonación triunfal de haberlos superado.

«El primer contacto con el país— dice— era algo más que contacto, era un choque violento» El aspecto moral y estético de la civilización que dejábamos en Europa era deslumbrante. Llegábamos a estas regiones como quien llega al punto más opuesto del contraste. Aquí se avanzaba hacia la civilización con los pies descalzos enormes y paquidérmicos, llevando los cuerpos mal vestidos y expresando su vida con formas todavía muy bastas.»

«Casi todos los que llegábamos a Guinea en aquellos tiempos teníamos que preguntarnos asombrados: «Pero... ¿adónde hemos venido?»

Hoy, en cambio,... ya ves; se viene a Guinea como quien llega a un país encantado, como quien llega a la Isla de sus sueños. Aquella gente

se ha transformado en ésta que llena de elegancia y distinción las ciudades y poblados, los barracones y las rancherías, las avenidas y los senderos de bosque. Por todas partes veo el raylon y el tergal la revista y el transistor, el maquillaje y la moda «opar».

«Qué tiempos aquellos... ¡Los barcos que venían de la patria se recibían con música y aclamaciones y era gran fiesta aque día. Es que por encima de los mástiles nos parecía ver muy cerca la Patria.

Me decían recién llegado que el «Anfonico» era el barco más heroico y más simpático de estos mares. «Anfonico el Bueno» se le llamaba.

Me preguntas usted por la vida social de entonces. Nunca he visto una sociedad tan simpática como aquella. Era una verdadera sociedad limitada la sociedad europea. Y coste que europeos se consideraban entonces muchos fernandinos. Como siempre ha sucedido en todas parte había pecados públicos y se comentaban en las tertulias. Y los de abajo criticaban a los de arriba. Y los iguales criticaban a sus calegas. Y entre todos... alababan y criticaban a los misioneros.

Sencillos acontecimientos tenían fuerza suficiente para reunir a toda la sociedad. Supe que desde lejanas fincas, venían empleados a buscar en la ciudad ocasiones de ejercitar la sociabilidad. Y venían de noche y andando porque no había otro tiempo y otro modo de venir.

En el bosque cada finca de europeos era una especie de centro social a

donde costaba muchos pasos llegar y mucha noche. En aquellas reuniones se les olvidaban todas las preocupaciones a los héroes de esta agricultura. Entre animados tragos se iba animando la charla y el apetito mientras disminuían con gran entusiasmo las doradas costillas del cordero recién asado.

Y al amanecer... otra vez cada uno en su finca para ordenar el trabajo.

Llegaban muertos de sueño... ellos lo decían, pero la satisfacción de aquella noche de amistad les duraba hasta la primera ocasión de repetir que siempre llegaba pronto. Entonces a todos los europeos nos bastaba encontrarnos en cualquier lugar de estas tierras para considerarnos de la familia. Ahora eso se va acabando ¿verdad?

Claro, ya sé que en Santa Isabel no os mirais con esa indiferencia cívica con que nos miramos en Madrid.

Pues sí. En el año 1916 me encontré Fernando Poo con una vida muy chocante. La guerra del 14 todavía estaba matando alemanes en el Cámeroun y del Cámeroun había en Fernando Poo un gran número de refugiados. En 1916 todavía quedaban aquí unos mil alemanes y más de diecisiete mil cameruneses refugiados. Los aliados no vinieron a hacerles la guerra a este refugio, pero causaban enormes molestias con sus barcos que parecían haberse convertido en barcos piratas. Continuamente abordaban a los nuestros para efectuar registros y con frecuencia consideraban como material bélico los sacos de arroz o garbanzos y latas de aceite o pescado y se quedaban con bastante de ese material.

Estos abusos de aquellos años del mar, y abusos muy poco dignos del ejército vencedor, servían para agudizar la crisis económica y comercial que habían creado los refugiados. Aquella inundación de alemanes y camerunes agotó las existencias alimenticias en muy pocos días. La crisis se completó enseguida extendiéndose a todo el comercio.

Los refugiados pagaron, mientras pudieron, lo que consumían. Después necesitaban socorro. Necesitaron una ayuda de España que quizá no ha sido todavía debidamente destacada. La prensa tendenciosa española criticó muy fuerte tanto gasto en provecho de los refugiados. La otra prensa española y diversos órganos de la extranjera anunciaron con entusiasmo el comportamiento de España con los refugiados en Fernando Poo.

—Sí. Los alemanes lo agradecieron como alemanes, muy friamente. Los misioneros alemanes a quienes nosotros dimos alojamiento, dicho así entre nosotros, no dieron muchas muestras de agradecimiento. Personalmente yo les estoy muy agradecido porque llenaban el presbiterio de la Catedral el día de mi Ordenación Sacerdotal. Pero lo que interesa que se sepa es que el comportamiento de toda clase de refugiados fue correcto. Aunque no se podía evitar que a veces hicieran grandes saqueos de las fincas vecinas. Con todo no merecen que se les acuse de rapacidad. Los poblados que construyeron eran modelos de ordenamiento y limpieza. En cierta ocasión en el poblado que tenían donde está el aeropuerto viejo se declaró una epidemia de la piel. Pero la atajaron enseguida a

fuerza de duchas de petróleo sobre los infectados. Estilo alemán.

—La situación política era muy incierta. Había elementos en el Gobierno español que defendían la idea de dejar las colonias porque eran la ruina de la Nación. Y en el Gobierno español había sin duda cierta incertidumbre sobre la realidad de las colonias. A veces se creía que pesaban más las desventajas que ocasionaban. Pero esta colonia tuvo buenos defensores. La revista «La Guinea Española» fue el órgano de prensa que mejor defendió la obra civilizadora de España en Guinea.

Desde las columnas de esta revista su director el P. Ambrosio Ruiz declaró valientemente la guerra a todos los enemigos apasionados de las colonias. «Las dejaremos, sí— decía el P. Ruiz— pero sólo las debemos dejar cuando hayamos logrado incorporarlas al ritmo mundial del progreso.

Esta actitud debemos mantenerla por Dios y por patriotismo. España que ha sido grande porque ha sido madre de numerosos y grandes pueblos no debe, no puede abandonar a éste que acaba de nacer a la civilización».

—Y no creas tú que estas cuestiones sólo se debatían en las columnas de la prensa. Estas cuestiones llegaban hasta las últimas rancherías bubis. Y cuando las visitábamos, los bubis más enterados nos preguntaban con honda pena «¿Es verdad que España nos va a dejar? Digan a España que nosotros queremos ser españoles».

Hoy, después de cincuenta años, le aseguro que he oído las mismas preguntas.

De cómo una ave de África fué descubierta en Europa

Por A. Basilio, c. m. f.

El 15 de Abril de 1964 moría en Nueva York el doctor James Paul Chapin, conservador honorífico de la sección de Ornitología del Museo Americano de Historia Natural.

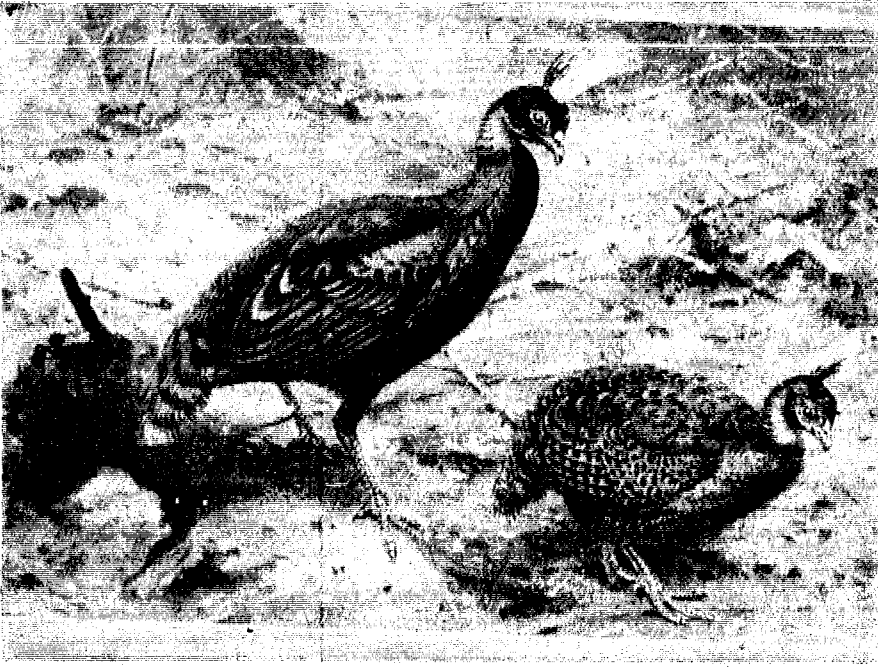
Hemos recibido la noticia bastante tarde, debido al gran retraso con que hoy día se publican la mayor parte de las revistas científicas y al largo tiempo que emplean para llegar por vía ordinaria a este rincón de Fernando Poo.

El doctor Chapin dedicó casi toda su labor de naturalista, una labor continua e infatigable a lo largo de 55 años, al estudio y conocimiento de las aves africanas. Fruto maduro y principal de esta su labor fue la publicación de una obra titulada *Las aves del Congo Belga* (The birds of the Belgian Congo,) que llena cuatro voluminosos tomos, con un total de 3.024 páginas, 328 dibujos, hechos casi todos por el mismo, y 76 láminas en negro y color. Nosotros sentíamos una gran admiración por este insigne ornitólogo norteamericano; y como un sencillo homenaje, aunque tardío, a su labor científica, queremos dedicarle un recuerdo en las páginas de nuestra revista, que acoge con tanto interés todo lo africano, refiriendo uno de sus mayores y más llamativos logros en el campo de la Ornitología: el descubrimiento del pavo real del Congo.

Tiene el sabor de una peregrina historia de aventuras.

La primera venida al África de doctor Chapin tuvo lugar el año 1909 como agregado a una gran Expedición científica al Congo Belga, dirigida por el doctor Herbert Lang, y que tenía por objeto el proporcionar ejemplares de animales disecados para las colecciones del American Museum of Natural History, y de animales vivos para el Bronx Zoo, ambos de Nueva York. El doctor Chapin, que entonces no era doctor, sino un joven apasionado por el estudio de las aves, dedicó a éstas su principal atención. La expedición permaneció en el Congo durante seis años, regresando a Estados Unidos en 1915, obligada por la primera Guerra Europea. Llevaba consigo un inmenso acervo de ejemplares zoológicos de todas clases. Al regreso tocó en Fernando Poo, de donde Chapin llevó como recuerdo un pajarito, que halló muerto debajo del alero de uno de los edificios de la ciudad de Santa Isabel. Era una cría del venecio de las casas, que sirvió luego para establecer la existencia en nuestra isla de la subespecie *Apus affinis bannermani*, que se conocía ya de las otras dos principales islas del Golfo de Guinea: Sao Tome y Príncipe.

Durante su permanencia en el Congo, entregado de lleno a su tarea de ob-



Pareja de pavones del Congo en su ambiente natural

servar y recoger animales, en 1913 al doctor Chapin le llamó la atención una pluma de ave que un nativo llevaba como adorno en su sombrero. Se la pidió; y después de compararla con todas las de las aves que llevaba recogidas, no encontró otra igual. La mandó entonces al American Museum de Nueva York; y allí, cotejada con miles de ejemplares existentes de todas las partes del mundo, tampoco pudieron emparejarla con alguna. Quedó archivada en el Museo en espera de una luz que aclarara su misterio.

Llegado a nueva York, el doctor Chapin publicó al poco tiempo en el mismo año de 1915, su primer trabajo sobre aves africanas, «The Birds of the Congo», (Las aves del Congo), preludio de la que había de ser después su obra cumbre. Siguieron a este o-

tros muchos trabajos, de los que sólo citaremos algunos de los más salientes: *Migracion of birds in Africa* Migracion de las aves en Africa, en 1916; *The classification of the weaver-birds*, la clasificación de los pájaros tejedores, en 1917; *Ecological aspects of bird distribution in tropical Africa*, Aspectos ecológicos de la distribución de las aves en el Africa tropical, en 1923 *The crowned eagle, ogre of Africa's monkeys*, El águila coronada, ogro de los monos de Africa, en 1925; *Les calaos congolais (Bucerotidae)*, en 1926. En 1932 salió a luz el primer volumen de su obra maestra *The birds of the Belgian Congo*.

En el año 1936, orlado ya de fama universal en el mundo ornitológico, y en posesión de su título de doctor, se trasladó a Bélgica para visitar el

Museo Real del Congo Belga, instalado en la ciudad de Tervuren. Su fin principal era aumentar sus informaciones sobre las aves del Congo para la obra que había emprendido. En el Museo de Tervuren se conservaban más de 100.000 ejemplares de aves del Congo. Pero además de esto, el Museo guardaba para el doctor Chapin una emocionante sorpresa y una de las mayores alegrías de su vida. El no había olvidado, a pesar de los 23 años pasados, la pluma que un día cogiera del sombrero de un nativo congolés. Por el contrario, una de sus preocupaciones al visitar el Museo era la de poder encontrar una pluma igual entre la inmensidad de aves que allí había. Su desilusión fué grande en un principio cuando después de examinadas una por una, no halló lo que buscaba. Pero un día al atravesar uno de los pasillos vio una puerta entreabierta, por la que penetró enseguida su curiosa mirada de naturalista. Era una habitación de trastos viejos y entre otros objetos había también bastantes ejemplares de aves, rotos o apolillados, en espera de una posible restauración o de ser llevados al basurero.

Los ojos de Chapin se pararon sobre un par de aves grandes parecidas a pavos. En cualquier otro museo de Europa esto no hubiera tenido nada de particular y Chapin hubiera seguido su camino sin detenerse. Pero en aquel museo donde sabía que sólo se guardaban animales del Congo, le llamó grandemente la atención y entró por examinarlos. El rótulo de la etiqueta decía sencillamente: Pavones jóvenes importados. Eran en ver-

dad de tamaño bastante más pequeño que los pavones o pavos reales de Asia pero los robustos espolones que ostentaba el ejemplar macho le mostraron a Chapin que no se trataba de individuos jóvenes, sino de adultos bien desarrollados. Siguió examinándolos y de pronto una intensa emoción recorrió todo su ser. En las alas de aquallas aves le pareció reconocer pulmas iguales a la que él cogiera de un sombrero en Africa hacía ya tantos años. Sin perder tiempo, por correo aéreo, mandó unas muestras al Museo de Nueva York y no tardó en llegarle una respuesta afirmativa. Las plumas eran exactamente iguales. Quién le iba a decir a nuestro doctor que en la oscuridad de un desván de trastos viejos, situado en el centro de Europa, había de hallar la luz que iluminara plenamente el misterio que un día le intrigara en las selvas del centro de Africa,

Continuando sus investigaciones, el doctor Chapin pudo averiguar por los registros del Museo que aquellas aves habían figurado algún tiempo en las oficinas que la Compañía Comercial de Kasai tenía instaladas en Bruselas y que en 1614 fueron regaladas al Museo de Tervuren. Algunos días después Chapin era convidado a comer por un ingeniero belga que durante 20 años había estado empleado en las minas de la Compañía en el Congo, el cual le refirió que en el año 1911 los Indígenas le habían traído una ave de gran tamaño, que veía por primera vez y que no volvió a ver durante su larga estancia en Africa. La descripción que

hizo de ella coincidía con la de los ejemplares del Museo.

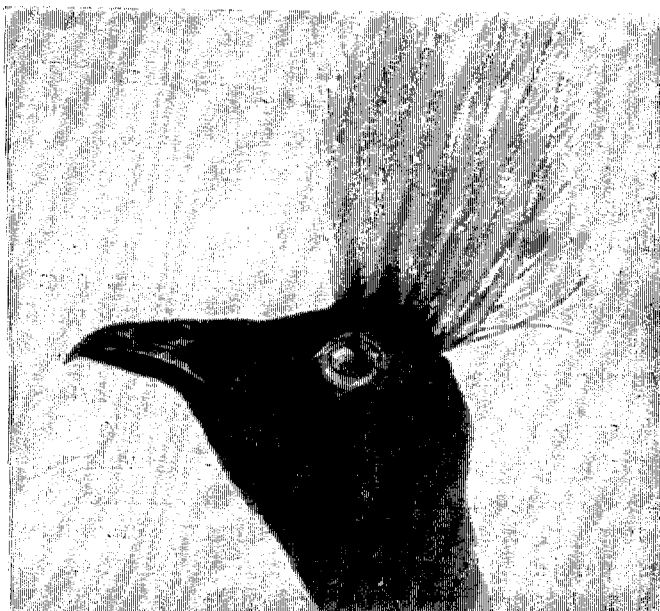
Chapin publicó en la prensa un primer informe de su hallazgo y a los pocos días le llegó la noticia de que en Inglaterra un señor poseía disecada un ave semejante, que él mismo había cazado en el Congo. Chapin se trasladó inmediatamente a Inglaterra y pudo comprobar que en efecto se trataba de la misma ave existente en Tervuren. No dudó ya que había descubierto una especie nueva de gran tamaño y se decidió a hacer su presentación formal ante el mundo científico en un artículo publicado en la *Revue de Zoologie et Botanique africaines de Bruselas*.

El trabajo se titulaba: *A new peacock-like bird from the Belgian Congo (Afropavo congensis)*, es decir, Una nueva ave parecida al pavo real, del Congo Belga. Así pues, la nueva especie quedaba bautizada por

Chapin con el pomposo nombre de *Afropavo congensis*, que viene a significar, pavo real africano del Congo. Y el hallazgo resultaba tanto más interesante cuanto la nueva especie ofrecía muy pocas afinidades con las restantes fasiánidas de África, guardándolas en cambio muy estrechas con los pavos reales de la India. Era un descubrimiento en el mundo de las aves muy parecido al que poco antes se había hecho con el famoso ocapi en el mundo de los mamíferos. Ambos se habían conservado ocultos en el mismo ambiente, la intrincada selva del centro africano.

Extendida la noticia del hallazgo y reproducida la descripción del ave por los periódicos del Congo, empezaron a recibirse diversas comunicaciones de personas que la habían visto y cazado en alguna ocasión. Y orientado por ellas sobre los lugares posibles donde podría encontrarse,

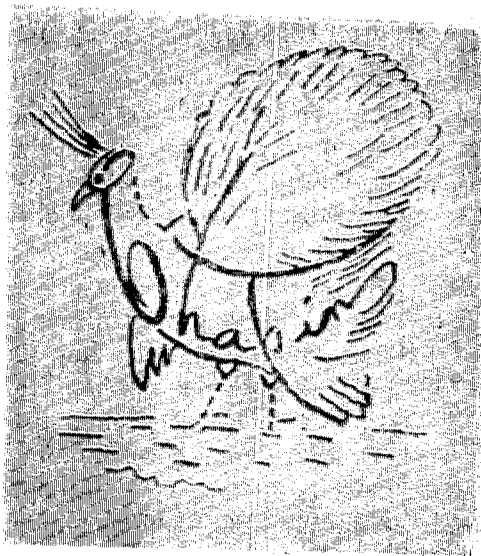
Cabeza del *Afropavo congensis* (macho)



el doctor Chapin se trasladó de nuevo al Congo. Quería ver viva y en su ambiente propio a la criatura que él había engendrado en el mundo científico y conocer lo que pudiera sobre su vida y costumbres. Las vicisitudes de su peregrinaje y los resultados conseguidos los consignó en otro trabajo: *In pursuit of the Congo peacock* (a la búsqueda del pavo del Congo), publicado en 1937. Durante su nueva estancia en tierras congoleesas en pocos meses Chapin logró adquirir nada menos que catorce ejemplares, mientras que en otro tiempo, durante seis años, sólo pudo conseguir una pluma.

En 1939 salía a luz el segundo volumen de la obra grande *The birds of the Belgian Congo*, y en la primera página se ponía una hermosa lámina en color representando una pareja de pavones de Congo en su ambiente natural. El museo de Tervuren, que había ignorado lastimosamente el tesoro que tenía y que estaba a punto de arrojarlo al basureiro o la hoguera, no necesitó recomponer sus ejemplares deteriorados. Gracias al entusiasmo despertado por Chapin, muchos aficionados belgas en el Congo se dedicaron a buscar las ya famosas aves, y bien pronto el Museo pudo exponer en sus vitrinas una buena colección de ellas, enteramente nuevas y bellamente preparadas.

Luego se intentó repetidas veces conservarlos en cautividad; pero los resultados fueron poco satisfactorios. El matrimonio Herrling logró mantener dos parejas por bastante tiempo y una de las hembras llegó a construir



La silueta del pavón del Congo fue adoptada por el Dr. Chapin para adornar su firma

nido y poner tres huevos de color pardo rojizo. Uno, después de 25 días de incubación, se abrió para dejar salir un pollito, mas este murió al poco tiempo. En 1947 la sociedad Zoológica de Nueva York comisionó a los esposos Charles y Emmy Cordier para ir al Congo a recoger ejemplares vivos. Después de dos años volvieron con siete, que fueron instalados en el Bronx Zoo; pero entre ellos había solamente una hembra, que en el primer invierno murió sin haber puesto ningún huevo.

Estos datos los debemos al mismo Chapin, quien en apéndice al volumen cuarto de su obra «*The birds of the Belgian Congo*» dedicó un último recuerdo a su ave predilecta.

A Basilio. C. M. F.